

“Lo que tú quieras”

Hasta entonces había sido, como tantos otros, una “buena cristiana” con una fe heredada de su familia. Poco a poco su escala de valores cambia por completo y el Corazón de Jesús va siendo cada vez más el centro de su propio corazón. Y la fe heredada va dando paso a una fe mucho más personal. Bien podemos poner en sus labios las palabras de los habitantes de Samaria a aquella mujer que les puso en el camino del Señor: “Ahora ya no creemos solo por lo que tú nos contaste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo”. Es el saber de la experiencia el que se le impone a Celia; se siente cada vez más atraída por el Señor y menos por los bienes materiales. Se va abriendo camino en ella la llamada a entregarse a El por entero.

¿Cómo concretar lo que Dios quiere de ella? ¿Qué nuevo rumbo dar a su vida? En la vida cristiana, como en la vida misma, necesitamos de los otros para crecer, para avanzar... Celia lo sabe y no se queda de brazos cruzados: indaga, pregunta, observa... y acude a confesar con el párroco de San Lorenzo, D. Marcelo Spínola

(hoy beato) iniciando una dirección espiritual que la irá llevando por los caminos de Dios, hasta constituirse, once años más tarde, en Fundadora con D. Marcelo de la Congregación de Esclavas del Divino Corazón, el 26 de julio de 1885.

“Nunca he vacilado en preferir a Dios...” -decía-, y en la vida práctica, en el día a día de Celia, se concretaba en buscar en todo y siempre, como Jesucristo, la Voluntad de Dios y cumplirla. Es la atracción del amor que lleva a querer complacer al amado. Es la persona libre y desprendida la que puede vivir dándose. Así es Celia.

En sus apuntes de ejercicios espirituales de 1892, ya como religiosa, escribe:

“Me parece que me ofrezco a Dios sin condición ninguna, y si me gusta quedarme por las noches en la capilla es para repetirle una y mil veces: Señor, **lo que tú quieras en todo y siempre, para eso soy tu Esclava.** Y me parece que al decírselo no me engaño; lo tengo tan grabado en mí que es el todo de mi vida”

“Lo que tú quieras...” ¡Hay que estar muy enamorada para hablar así! Celia encontró en Dios el amor definitivo, un amor para siempre.

Y como consecuencia, una gran paz. Ella misma lo diría: “Tengo una gran paz, creo que es el fruto del completo abandono que tengo en la divina Providencia; vivir de ella es hoy mi vida no teniendo más querer ni no querer, que lo que Dios quiera; estar al la puerta del Sagrario esperando la limosna que el Sagrado Corazón quiera darme, conociendo como conoce mi miseria. (...) En todo quiero lo que El quiera, porque no el fervor sensible ni las muchas consideraciones me han de hacer santa, sino el que la voluntad de Dios se cumpla en mí, así que al acostarme, como al levantarme repetiré, con el corazón y con la boca: Ecce Ancilla Domini (He aquí la Esclava del Señor)” (Apuntes de ejercicios año 1907)

“Lo que Tú quieras...” actitud de entrega total alimentada en la oración:

“Me gusta quedarme en la capilla hasta última hora, y cuando estoy sola acercarme mucho al altar y decir a Ntro. Señor

algunas palabritas de corazón a corazón. Siento perfectamente que está allí y me oye, aunque no me conteste; pero a pesar de eso me atrae poderosamente (Apuntes de ejercicios año 1892)

Celia Méndez y Delgado. Su proceso de beatificación, aprobada ya la fase Diocesana, y presentada en Roma la Positio, sigue su curso en la esperanza de su pronta beatificación.



